

Joaquín Collantes Hernández
Antonio Pérez Sanz

El Oro de Newton

Intriga, Historia y Matemáticas



EL ORO DE NEWTON

Joaquín Collantes Hernáez
Antonio Pérez Sanz

EL ORO DE NEWTON

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2014 EL ORO DE NEWTON

© 2014 Joaquín Collantes Hernández y Antonio Pérez Sanz

© 2014 Editorial: Liber Factory

C/ San Ildefonso, 17, 28012 Madrid. España

Web: www.liberfactory.com Tel: 0034 91 3117696

Maquetación: Jesús Navarro

Diseño: Andrés Sánchez

ISBN: 978-84-9949-551-4

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Disponible en papel y ebook

www.visionnet-libros.com

Pedidos a:

pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:

sac@visionnet.es

Science is the measure of all things, of what is that it is, and of what is not that is not.

(La ciencia es la media de todas las cosas, de lo que es porque es, y de lo que no es porque no es.)

Wilfried Sellars

(Lope de Aguirre)

— Lo que pasa es que en la vida está permitido todo y vuestas mercedes no se han enterado todavía.

Ramón J. Sender
La aventura equinoccial de Lope de Aguirre

PRIMERA PARTE

UNO

Lago Plauer, mayo de 1945. El guardián del tesoro

Para sorpresa de los dos adolescentes que le acompañaban en la barca, el hombre se puso en pie en el borde de la proa, sacó una pistola Walter PPK 9 mm que escondía bajo la cazadora, la acercó a su cabeza y gritó:

—¡Por Alemania y por mi Führer! Yo seré el guardián del tesoro.

Y se descerrajó un tiro en la cabeza.

El cuerpo cayó hacia atrás y el impacto contra el agua meció la pequeña embarcación durante unos segundos. Los remeros reaccionaron tras la sorpresa que los había paralizado y se asomaron, aterrados, por la borda. Pero el agua, de nuevo mansa, les anunció que se había tragado el cuerpo de Joseph Goebbels con la misma voracidad que las cajas que le habían precedido apenas un minuto antes. El ruido de unos disparos lejanos que llegaba desde la orilla los sacó de su estupor, provocando que remaran con todas sus fuerzas para alejarse cuanto antes de aquel lugar siniestro. Lo que ignoraban era que precisamente en el agua, camuflados entre la niebla que cubría toda la superficie del lago y lejos del embarcadero al que se dirigían, estaba su salvación.

Así se lo dijeron al coronel de las SS que los esperaba, como algo incomprensible para ellos, convertidos, sin sospecharlo y para su mala suerte, en indiscretos testigos de un secreto de Estado a guardar. Así se lo explicaron a su superior, aún temblado de miedo, cuando preguntó por el origen del disparo que había llegado desde el lago y por la desaparición de quien tenía orden de matar, que esas fueron las órdenes recibidas: primero mata a Joseph Goebbels, después, a los demás, que no quede ningún testigo de la operación. Y mientras escuchaba las explicaciones que le daban los dos remeros hablando al mismo tiempo, volvió a montar su arma.

—Incomprensible, señor, incomprensible. Herr Goebbels se pegó un tiro en la cabeza gritando que él sería el guardián del tesoro. Y el agua se tragó su cuerpo en un segundo, y...

Antes de que terminaran su apresurada información los dos adolescentes repararon en que los soldados que se habían quedado en tierra con el coronel yacían sobre las tablas del embarcadero. Y sin comprender del todo qué podría haber pasado, el

más joven tuvo la mínima reacción de intentar arrojar al agua para escapar de lo que no sabía muy bien qué. Intento inútil, ya que la bala que acabó con su vida le entró por la nuca en lugar de por la frente, como a su compañero.

El agua estaba mucho más fría de lo que había imaginado.

Rodeado de silencio y de la oscuridad que le impedía distinguir los dedos de las manos a un palmo de distancia de sus ojos, recordó la noticia leída ya no recordaba dónde: un grupo de pasajeros del “Titanic” salvaron sus vidas porque, por consejo de un médico pasajero como ellos, se proveyeron de botellas en el bar del trasatlántico que se iba a pique como receta para combatir la hipotermia con alcohol. La mayoría de las víctimas del naufragio no murieron ahogadas sino congeladas en las frías aguas del Atlántico Norte. Borrachos pero vivos, que así los encontraron los equipos de rescate. Ahora, al sentir que el frío le agarrotaba los brazos y las piernas, Joseph echó de menos no haber escondido junto a la pistola una botella de ginebra cuando planeó todo lo que acababa de poner en práctica.

Por un momento estuvo sumergido sin moverse, dudando si no estaría muerto de verdad, si no habría errado el tiro en la oscuridad reventándose la cabeza, en lugar de que la bala pasara a unos centímetros de su frente, como tantas veces había ensayado antes de comenzar el viaje que podría haber sido el último de su vida. Durante unos interminables segundos se mantuvo quieto, con las piernas y los brazos abiertos, mecido por el movimiento que él mismo había provocado al caer al agua. Hasta que reaccionó dando un par de brazadas hacia la superficie para respirar el aire que sus pulmones empezaban a exigir. Entonces es cuando el sobresalto le encogió el corazón al ver que las burbujas que salían por los agujeros de su nariz iban en dirección contraria hacia donde él nadaba. Hasta que comprendió, espantado, que el frío había anulado su capacidad de orientación y estaba buceando en dirección contraria, hacia el fondo del lago. Giró su cuerpo con tal violencia que sintió que se partía por la mitad... y que sería insuficiente el poco aire que aún conservaba en sus pulmones para llegar hasta la superficie, siguiendo a las últimas burbujas que le habían salvado la vida con su lógica ascensión.

Haciendo un esfuerzo que a él mismo le sorprendió sacó la cabeza junto a la panza de la barca, abriendo la boca hasta el dolor para que el aire apagara el incendio que abrasaba sus pulmones, justo a tiempo, cuando las llamas empezaban a abrasarle la garganta. Estaba bajo la popa, oculto por la curva de la bor-

da, en el lado opuesto del punto por el que había caído y en el que aún seguía asomados los dos remeros, gritando su nombre. Oculto por las rachas de niebla y la oscuridad de una mañana que parecía no querer aclarar y agarrado a la quilla de la barca, se dejó llevar por los que regresaban al embarcadero deseando alejarse cuanto antes de aquel lugar. Con las manos aferradas como garfios a la tabla de la quilla, Joseph solamente sacaba la cabeza del agua lo justo para respirar, convencido de que lo que menos imaginaban los remeros es que arrastraban con ellos el cadáver que resultó estar vivo, aunque aterido de frío.

El precipitado atraque de la barca al llegar al embarcadero casi lo aplasta contra uno de los pilotes que sujetaban la estructura de tablas. Con un último esfuerzo se sumergió debajo de la plataforma encontrando el hueco justo para sacar la cabeza y para escuchar cómo el asesino que tenía planeado matarlo asesinaba a sangre fría a los dos remeros recién llegados, lo mismo que había hecho minutos antes con sus tres compañeros. Aguantó en el agua, tiritando, imaginándose amoratado, haciendo esfuerzos para no desvanecerse... y dando gracias al hombre a quien debía la vida: a Saúl Weil, el adivino, el hombre que conociendo al hombre adivinó todo lo que pasaría y pasó.

El ruido de los vehículos alejándose le indicó que el peligro había pasado. Pero aún esperó diez minutos más para salir, por si acaso. Cuando al fin pudo trepar al embarcadero después de tres intentos, se encontró con el espectáculo de los cinco niños-soldados muertos, los cinco adolescentes que corrían asustados al refugio del palacete en cuanto oían una explosión cercana. Allí estaban los cuerpos sin vida de los cinco niños que, como la señora Weil bien dijo, tendrían que estar en sus casas con sus madres en vez de estar jugando a la guerra que había acabado por llevárselos por delante de la mano de uno de los suyos, de un criminal vestido con uniforme de coronel que ahora fumaría tranquilo en el automóvil que lo llevaba de vuelta a Berlín con la conciencia tranquila –en el caso de tener conciencia– al haber cumplido con las órdenes recibidas. Argumento que esgrimiría cuando fuera capturado e interrogado por los Aliados: yo sólo era un soldado que obedecía órdenes.

Joseph cambió su ropa empapada por la de uno de los muertos, teniendo buen cuidado de no olvidarse del cinturón-tesoro. Y terminó la operación alineando los cinco cadáveres sobre el entablado, con las manos sobre el pecho, en una ceremonia que denunciaría, a quien los encontrara, que se había tratado no de una acción de guerra, sino de una ejecución.

Y se alejó del lago Plauer sin mirar hacia atrás, convencido, sin equivocarse, de que nunca volvería a aquel lugar.

Después de caminar hasta el cruce con la carretera principal, cuando la luz del día alejaba los últimos jirones de niebla y sus pies entumecidos por el frío se negaban a dar un paso más, consiguió parar al último camión de un convoy cargado con víveres que marchaba desde las fincas de Neubrandenburg hacia Berlín. Una milagrosa botella de aguardiente apareció como un salvavidas al que Joseph se aferró desesperado, seco por fuera pero con el frío de las aguas del lago metido hasta los huesos. La charla del soldado que conducía el camión –optimista descerebrado que aún a esas alturas aseguraba que Alemania ganaría la guerra- fue el complemento que necesitó el calor proporcionado por el aguardiente para sumergir, al que había estado sumergido demasiado tiempo en agua helada, en un profundo sueño que duró todo el viaje de vuelta a la capital. El sueño que le obligó a retroceder nueve años, de vuelta a la fecha de su llegada a Alemania, cuando era medio inglés medio alemán, o lo que es lo mismo: cuando aún le costaba trabajo asimilar que había dejado de ser inglés y de llamarse Paul Greenway para pasar a ser alemán y a llamarse Joseph Goebbels.

DOS

1 de septiembre de 1936

Joseph Goebbels llegó a Berlín el primer día de septiembre de 1936.

El día era tan oscuro y lluvioso que al bajar del tren pensó que aún estaba en la Estación Victoria de Londres de la que había partido, como si el tren hubiera realizado un largo viaje en círculo sobre el mapa de Europa, con el mar de por medio, para volver al punto de partida.

A pesar de que se había imaginado a sí mismo embargado por la emoción y la excitación y hasta con los ojos bañados de lágrimas, no experimentó ningún sentimiento especial al entrar en Alemania.

Suponía que debería estar conmovido por el hecho de regresar a la tierra de sus ancestros, a sus orígenes, al país en el que había nacido. Pero no. No sentía nada especial... y sentía no sentirlo.

A falta de sentimientos y emociones especiales, Joseph experimentó curiosidad. Le sorprendió la pulcritud, el orden y la organización que se apreciaba en todo lo que contemplaba desde que cruzó la frontera. Asombrado, sobre todo, ante la cantidad de banderas de todos los tamaños imaginables que aparecían por todos lados en los pueblos por los que pasó el tren: desde banderitas en las manos de los niños que estaban en los andenes, hasta enormes banderolas cubriendo las fachadas de las estaciones y los edificios oficiales. Banderas obsesivamente presentes, bien visibles miraras hacia donde miraras, como si alguien se hubiera preocupado —y se había preocupado— de que no hubiera ni un solo punto de vista sin cubrir por esas espectaculares banderas rojas con un círculo blanco en medio que contenía la cruz gamada, la esvástica negra que el recién llegado contempló fascinado ante el espectáculo.

Al bajar del tren en la estación de Friedrichstrasse, en pleno centro de Berlín, la profusión de banderas llegaba a la exageración, junto a cientos de carteles que escribían soflamas patrióticas que el viajero leyó en su camino hacia la salida, encantado de entenderlos perfectamente, a pesar de la dificultad añadida de la enrevesada letra gótica en que estaban escritos. Ya en la calle tomó un taxi que lo llevaría hasta el número tres de

la Kronenstrasse, en concreto hasta la casa del doctor Werner Geschmindgkeit, cercana a la céntrica avenida Unter den Linden, arteria principal de la capital, y muy próxima también a la Universidad de Berlín en la que había sido matriculado.

Se sintió como en su casa.

Desde el primer momento.

Y lo manifestó:

—Me siento como en casa.

—*Tesientes como en tu casa porque estás en tu casa ¿no es así?* -dijo la señora Geschwindgkeit, hablando, como tenía por costumbre, muy deprisa. Tan deprisa, que a Joseph Goebbels le costó un gran esfuerzo seguir la parrafada.

—*No comprendo cómo has podido ser inglés tantos años ¿verdad?*

Después de una breve pausa, seguramente provocada al ver la expresión de Joseph, añadió:

—*Porque imagino que tú sentías inglés ¿más o menos no?*

Al escucharla, Joseph se sentía traductor, adivino y hasta arqueólogo ante un jeroglífico sonoro que, además, no paraba de hablar. Y que siempre, siempre, siempre, terminaba cada una de sus largas y vertiginosas parrafadas con una pregunta.

A pesar de que mientras fue inglés había estudiado alemán hasta convertir ese idioma en su segunda lengua, se dio cuenta de que le costaba más trabajo de lo que había imaginado entender a quienes le hablaban deprisa, sobre todo si lo hacían a la velocidad con que lo hacía la dueña de la casa. Así que tuvo que traducir del alemán al inglés la parrafada que comenzaba diciendo *Té sientes como en tu casa porque estás en tu casa*, para comprender el sentido completo de la frase, ya que la señora Geschmindgkeit disparó las palabras contra él todas seguidas, sin molestarse en separarlas con mínimos espacios intermedios, aunque fuera para poder respirar. Convencido también de que en el caso de haberle escrito la frase en un papel tampoco habría separado las palabras con comas y puntos.

Tampoco entiendes cómo se puede gustar a los ingleses ¿no?

Y añadió, después de tomar aire:

—*Es brega que si quieres que no tiene olor ni color ni sabor ¿verdad?*

—*Porque a ti te gustaría digoy ¿no es así?* -añadió, sirviéndole el café, sin que le diera tiempo a Joseph ni siquiera a intentar contestar a la primera parrafada, intuita más que comprendida.

—Bueno, en realidad, yo...

—*Claro es lo que yo digo ¿dónde está un buen café bien cargado?*

Y el que escuchaba sonreía y asentía.

—Pues que se quite esa porquería. Un invento siniestro ¿Verdad?

A pesar de haberse quedado, como siempre, a mitad de la parrafada disparada a boca jarro.

—¿Así que eran tuyas las cartas que llegaban de Alemania?

—Mías, mías. *Las cartas del enemigo*, como tu padre y yo las llamábamos. Era como si adivináramos, prácticamente desde que acabó la Gran Guerra, que el estúpido género humano estaba condenado a repetir sus errores y que, por lo tanto, enemigos volveríamos a ser.

—Bueno, afortunadamente ahora no son enemigos.

—Pero me temo que sólo de momento, porque la situación política en Europa...

—Querrá usted decir la situación política en Alemania. Le puedo asegurar que en Inglaterra no se percibe la epidemia de fanático patriotismo que se aquí respira y que sentí en cuanto el tren cruzó la frontera. Patriotismo reflejado en el exagerado exceso de banderas al viento, cruces gamadas hasta en la sopa y saludos a la romana con que me he encontrado. Que hasta el taxista que me trajo hasta aquí me ha despedido brazo en alto, lo que me hizo sospechar que se me pudo haber ido la mano en la propina.

—Puede ser, puede ser —aseguró el doctor Geschwindigkeit, sonriendo— Y no me refiero tan sólo a lo de la propina. A lo mejor hemos llevado nuestro patriotismo a cotas exageradas, tengo que reconocerlo. Como lo demuestra nuestra predilección por los desfiles y por la cruz gamada omnipresente que, como símbolo, y creo que estarás de acuerdo, es espectacular, ¿no? Lo mismo que por nuestro amor por las marchas militares con mucho tambor, bombo y platillo atronando por las calles. ¡Pero si hasta Furtwängler le ha aumentado la percusión al cuarto movimiento de la *Novena Sinfonía* de Beethoven!... Y no digamos a Wagner, que ahora es todo redobles de tambor y estallido de platillos.

Joseph acompañó a su anfitrión en su risa, antes de que éste añadiera:

—Y que conste que si yo lo critico es porque soy un nacionalsocialista convencido, que se ríe de las exageraciones que estamos cometiendo como consecuencia de la euforia de nuestro triunfo. Pero es comprensible: estamos pletóricos de éxito. Aunque reconozco que tu padre y yo esperábamos que el sacrificio, el disparate que fue la Gran Guerra sirviera, si es que una guerra puede servir para algo, para que el mundo cambiara...

aunque lo que no podíamos imaginar es que cambiara hacia este rumbo. Pero, en fin, qué se podía esperar. Es una reacción lógica que se veía venir por parte del pueblo alemán desde el mismo 28 de junio de 1919, en que se firmó la llamada Paz de Versalles. Las condiciones impuestas por los vencedores fueron tan duras, tan humillantes para Alemania que ya suponían un nuevo enfrentamiento. Los Aliados olvidaron la advertencia de Cesar Augusto: *Hay que ser generoso con el vencido, ya que el rencor es una serpiente a la que le puede volver a crecer la cabeza*. Y aquí estamos, con la cabeza crecida y bien crecida. O sea, cabezones y tozudos, como buenos alemanes.

De nuevo la risa introdujo una pausa en la conversación, si bien el gesto del doctor volvió a la seriedad al continuar con su explicación.

—Nos sentíamos tan humillados que recibimos con los brazos abiertos, yo incluido, a pesar de mis dudas iniciales, a quien quizá en otras circunstancias históricas hubiéramos tachado... no sé, quizá de iluminado y hasta de loco. Al hombre que en esas duras y siniestras condiciones ha llevado a Alemania a su grandeza histórica y aún más allá. Hay que ser honrado y reconocerlo... a pesar de las exageraciones que he citado. Y me imagino, Joseph, que no necesitarás que te diga que me estoy refiriendo a nuestro *Führer*, al canciller Adolf Hitler.

—Sí, pero los ingleses tienen la opinión de que el excesivo y hasta esperpéntico fervor patriótico del que ustedes llaman Caudillo, podría volver a arrastrar a Alemania a su segundo descalabro.

—Ah, los ingleses, los ingleses. No, mi querido amigo, eso son exageraciones absurdas. El *Führer* no está tan loco como para eso. Es excéntrico, poseedor de una personalidad especial, digamos... irresistible, magnética, hipnotizadora, pero nada más. Otra cosa son los ingleses, siempre tan prepotentes, siempre creyendo que su ridícula isla es el centro del mundo. ¿Es cierto que cuando hay niebla sobre el Canal de la Mancha, en los partes meteorológicos de las emisoras de radio dicen: *Niebla espesa en el Canal, continente aislado?* ¿No? Pues yo me lo hubiera creído. Por cierto, enhorabuena.

—¿Por qué? —preguntó Joseph.

—Bienvenido a Alemania. Has dicho *los ingleses tienen la opinión*, en lugar de *los ingleses tenemos la opinión*. Estoy seguro de que ya eres lo que siempre has sido y lo que a partir de ahora siempre serás.

—Vaya, ya veo que también es amigo de acertijos y frases crípticas como mi padre, ¿o debería decir *como el señor Greenway?*

—Tampoco tanto, tampoco tanto. Richard, mi buen amigo Richard Greenway, siempre será tu padre. Y deberías recordarlo como el buen padre que ha sido durante todos estos años... a pesar de ser inglés. Pero, ¿a qué viene eso de *acertijos y frases crípticas*? Creía que tu padre era solamente aficionado a cuatro cosas: a las matemáticas, a Alemania, a la música y a los libros antiguos.

—Es que mi padre es amigo de circunloquios y frases hechas. Al confesarme quién era realmente, me dijo: *Tú no eres quien crees ser y serás quien eres cuando yo te diga quién eres*. Estuve a punto de contestarle: la gallina, como en las adivinanzas. Pero la situación no era propicia para bromas, que no todos los días se entera uno de que no es quien cree ser.

—Por cierto, ¿me entiendes cuando hablo; es decir: entiendes todo lo que digo, o quizá preferirías que te hablara más despacio? A veces me da la impresión de que no me sigues del todo, no sé, como si se te escapara alguna palabra.

—No, no; a usted le entiendo perfectamente. Me cuesta más trabajo entender a su esposa. Pero también puedo seguirla... haciendo un gran esfuerzo, lo confieso.

—A mí me pasa lo mismo. Llevo treinta años haciendo ese esfuerzo.

En ese momento asomó en la puerta la cabeza de *Frau Geschmindgkeit* que, sin entrar en la habitación, disparó:

—Dentro de un momento cenamos. Ya está bién de charla ¿no?

Y se fue sin comprender por qué sus palabras habían provocado el estallido de risa de su marido y del recién instalado huésped.

—Tengo que confesarlo, doctor Geschmindgkeit: no he entendido casi nada.

—Ni yo tampoco, Joseph, ni yo tampoco; pero con decir a todo que sí ya está arreglado.

Su primera noche en Berlín. Paul Greenway, convertido en Joseph Goebbels, a solas en el cuarto que le habían preparado, se dispuso a abrir los sobres y los regalos de despedida que le habían entregado su padre y los empleados de su tienda. En el sobre de su padre encontró veinte billetes de una libra esterlina, junto a una carta:

Londres, a 28 de agosto de 1936.

Querido Paul (para mí siempre serás Paul): a pesar de que la noche de tu cumpleaños te di cuantos consejos que creí convenientes para que abordaras tu nueva vida insisto, una vez más,

en que hagas un esfuerzo para adaptarte a tu país. Tendrás que hacer frente a un alud de acontecimientos que solamente podrás vencer pensando que estaban ahí, esperándote para incorporarse a tu nueva vida. Vive Alemania, tu país, como viviste Inglaterra mientras creíste que eras inglés. Y no te preocupes si no puedes venir en navidad, lo entenderé.

Aquí tienes este dinero que me gustaría que guardaras de emergencia, de salvavidas, como dicen los marinos. No lo cambies por marcos. La libra esterlina siempre ha sido la moneda más estable de Europa. Y el marco alemán está, a mi juicio, demasiado eufórico.

En fin, haz un esfuerzo para recordar que eres Joseph Goebbels y que al cumplir dieciocho años ha sido como si nacieras de nuevo. Dale un gran abrazo a mi querido amigo que tan amablemente se ha ofrecido a hospedarte en su casa. Te adelanto que, en una mueca más del destino, el doctor Geschmindgkeit no sólo es un destacado y antiguo miembro del partido nazi sino también el médico personal del ministro Goebbels, entre otros dirigentes de su partido.

Recibe un cariñoso abrazo de quien siempre se considerará tu padre.

Richard Greenway.

Posdata: *Como despedida te planteo un problema para mantener tu mente en forma, en recuerdo de todos los que hicimos durante todos los años que hemos vivido juntos.*

“Tres atletas María, Mary y Marie corrieron 20 carreras y anotaron cada vez cuál llegó la primera, la segunda y la tercera. Nunca hubo puestos empatados. La cantidad de veces que María llegó antes que Mary es 12. El número de veces que Mary llegó antes que Marie es 11. La cantidad de veces que Marie llegó antes que María es 14. Se sabe, además, que ocurrieron todos los ordenamientos posibles de las tres atletas. Encuentra cuántas carreras ganó cada una de ella”.

Unos golpes en la puerta dieron paso al doctor Geschmindgkeit, que con la sonrisa y la amabilidad que en él eran una constante, le dijo a su invitado:

—Joseph, amigo mío, es tardísimo. Deberías acostarte ya. Hoy ha sido un día con demasiadas emociones. Además, mañana, a las ocho, te espera una entrevista con el profesor Müller, que será tu tutor. Así que, a dormir, que la nueva Alemania necesita jóvenes bien despiertos.

Aquella noche, Joseph Goebbels soñó que seguía en la proa del barco que lo llevaba a Europa, y que alguien le daba unos golpecitos en el hombro. Al volverse, su sorpresa fue mayúscula al encontrarse con Isaac Newton que, sonriendo y con una leve inclinación de cabeza, le entregó una caja a la vez que le decía:

—Señor Goebbels, aceptad este regalo a cambio de un importante favor que deseo pedirlos. Ya que vais a Alemania, decidle al señor Leibniz de mi parte que no se preocupe, que ahora que han pasado dos siglos ya nada tiene importancia, que la rivalidad ya no existe. Que los dos pasaremos a la Historia como los padres del Cálculo. Y que si cualquiera puede tener sólo una madre pero varios padres, nuestro cálculo bien puede tener dos padres y ninguna madre. En fin, ahora me vais a disculpar porque tengo que volver a mi casa de Woolsthorpe, pues me esperan para hacer compota de manzana.

Y desapareció... en silencio, como había aparecido.

Al abrir la caja, el sorprendido Joseph se encontró con los tres tomos que componían los *PRINCIPIA*, la obra cumbre del sabio inglés cuyo título completo era *PHILOSOPHIAE NATURALIS PRINCIPIA MATHEMATICA*, en la maravillosa primera edición impresa en Londres el 5 de julio del año 1686. Y lo que nunca hubiera podido imaginar ni en sueños, aunque soñando estaba, es que esos mismos tres ejemplares serían suyos ocho años más tarde, después de que fueran robados en Varsovia a la coleccionista Ryfka Izraelowicz en el año 1939. Heinrich Himmler, *SS-Reichsführer* del gobierno nacionalsocialista alemán, se los regalaría el 7 de julio de 1944.

TRES

Universidad de Berlín. Curso 1936-1937.

Le sorprendió que hubiera alumnos uniformados en las aulas, en la biblioteca, en los pasillos, en todo el recinto de la universidad.

No eran mayoría, pero su movilidad y su entusiasmo provocaban que el color pardo de sus camisas y la esvástica de los brazaletes, siempre en movimiento, lo llenaran todo.

Eufóricos.

Joseph encontró la palabra justa, el adjetivo que mejor definía a sus compañeros de curso nazis: eufóricos. Su entusiasmo solamente podía provocar contagio o rechazo. Sin tibios términos medios. Dentro del contagio (en el que estaban incluidos la prudencia y el miedo) destacaba la sonrisa, el aplauso o el saludo brazo en alto de los que compartían sus ideas con mayor o menor entusiasmo, cuando los alborotadores pasaban cantando o coreando consignas por los amplios pasillos de la facultad. Para evitar tal espectáculo sólo cabía dar media vuelta al verlos o, sobre todo, oírlos llegar, siempre vociferando frases y consignas de encendido y hasta histérico patriotismo. La discusión, el diálogo o el simple intercambio de opiniones con ellos eran inimaginables. No se puede discutir con quien tiene la razón de su parte, decían... y nadie se lo discutía.

Sólo existía la posibilidad de una discreta huída... sin que repararan en ella no sólo los vociferantes sino también la mayoría de los conserjes que eran, si no miembros del partido sí, al menos, confidentes, delatores al servicio de la Gestapo¹. O sin que fueran vistos por los miembros de las SS² o de las *Hitlerjugend*³ que pululaban por los pasillos de las facultades, unos vistiendo camuflada ropa civil y otros exhibiendo orgullosos sus uniformes cubiertos con toda la parafernalia al uso.

Así pues, solamente se podía pertenecer a tres grupos de estudiantes: los afiliados a las entusiastas Juventudes Hitlerianas, los tibios que los apoyaban con sus sonrisas de temor saludan-

1 Siglas de *Geheime Staatspolizei*: policía secreta del Estado.

2 Siglas de *Schutzstaffel*, escuadras de protección.

3 Juventudes Hitlerianas.

do con el brazo alzado... y los que procuraban no tener ningún tipo de relación con ellos, incluido, a ser posible, el no cruzarse en su camino.

Un impresionante silencio invadió el aula cuando el profesor, al pasar lista, llegó a la letra G y nombró:

—Goebbels, Joseph.

Al silencio siguió la repetición del nombre, esta vez entre interrogaciones:

—¿Joseph Goebbels? ¿Se llama usted Joseph Goebbels?

—Sí, señor.

—¡Joseph Goebbels!

—Sí, señor —repitió Joseph, incómodo.

—Muy bien, pues sea usted bienvenido, señor Goebbels —añadió el profesor, tras una educada inclinación de cabeza— Estamos muy orgullosos de tenerlo entre nosotros. Puede sentarse.

Al silencio inicial siguió un siseo que fue subiendo de tono, hasta que el profesor, visiblemente nervioso, rogó silencio para terminar de pasar lista. Joseph se sintió cada vez más molesto al percibir la admiración silenciosa en la sonrisa de los compañeros de las dos filas de delante que, sin hacer caso a las explicaciones ya comenzadas del profesor, se volvían para contemplarlo descaradamente, como es de imaginar que hubieran contemplado al ministro Joseph Goebbels de haber estado allí sentado. Y más incómodo que se sintió aún cuando, al término de la clase, lo rodearon entusiasmados —palmas en la espalda, apretones de manos, saludos nazis y hasta desproporcionados abrazos— los diez o doce compañeros de curso uniformados con sus camisas pardas y sus brazaletes con la cruz gamada. Pero no sólo percibió la admiración de ese grupo, sino también la prudencia y hasta el temor en los ojos del grupo más numeroso de compañeros que, desde aquel día, lo esquivaron educadamente.

Al día siguiente, Ernst Schellenberg, el que parecía ser el jefe del grupo de alumnos uniformados, llegó a clase deliberadamente tarde. Interrumpiendo descaradamente la explicación del profesor, se acercó hasta Joseph para, después de cuadrarse con un sonoro taconazo, colocarle en la solapa una insignia redonda de porcelana blanca sobre la que destacaba una cruz gamada negra. Desde ese momento, Joseph Goebbels la llevaría puesta como preludeo del uniforme que solo tardaría dos meses en llegar.

—¡Qué alegría! No esperabamos deti¿Puedo darte un abrazo? —exclamó, emocionada, la señora Geschwindigkeit al ver la insignia nazi brillando en la solapa de la chaqueta de su huésped.

A los tres días de llevar la cruz gamada, Joseph trató de analizar por qué la seguía llevando. No se consideraba nazi en el estricto sentido de la palabra, a lo sumo cercano al ideario nacionalsocialista, y tampoco tanto. Y en cuanto a *Mein Kampf*⁴, la considerada Biblia de los nazis –el segundo regalo de Ernst Schellenberg- el libro escrito por Hitler en 1924 durante su estancia en la cárcel de Landsberg am Lech, le resultó un panfleto, un bodrio insoportable que no pudo seguir leyendo a partir de la tercera o cuarta página. Entonces: ¿por qué no se quitaba la insignia?

Aquella mañana, ante el espejo del cuarto de baño, se hizo la pregunta... y se dio varias respuestas:

A) Por miedo a que lo considerara un desprecio quien con tanto entusiasmo se la había colocado.

B) Por miedo a la reacción que pudieran tener sus compañeros nazis, reacción que no costaba mucho trabajo imaginar.

C) Por miedo a que lo malinterpretaran como un rechazo a sus ideas.

D) Por miedo a perder el respeto, la admiración y hasta el carisma que su apellido le había granjeado en la universidad.

Pero en todos los casos por miedo.

Así que decidió dejar sus dudas flotando sobre su cabeza... y seguir con la esvástica en la solapa.

Se metió en la vida universitaria como quien se tira de cabeza a la piscina. Y a los tres meses de comenzado el curso ya era el alumno preferido de todos los profesores, el que más intervenía, el que discutía todas las cuestiones hasta el agotamiento buscando ejemplos, los más espectaculares, dentro de la Historia de las Matemáticas. Decían, y era cierto, que vivía entre la biblioteca, las clases y la delegación de alumnos... y en ellas se sentía el dueño. En la biblioteca rebuscando los libros que siempre había soñado consultar. En las clases como protagonista absoluto, muchas veces por encima del profesor. Y en los locales destinados para los alumnos -por supuesto apropiados por los nacionalsocialistas- dedicado a redactar textos para carteles, panfletos y llamamientos políticos, acostumbrado ya a la grafía gótica. Textos que pronto llegarían a ser modelo de literatura política por su *mesurado e inteligente patriotismo*, como los calificarían sus profesores, ya que los textos que él redacta-

4 Mi lucha.

ba estaban alejados del vulgar lenguaje de soflama incendiaria hasta entonces habitual.

Aunque él trataba de justificarse ante la sonrisa cómplice del doctor Geschmindgkeit, asegurando:

—Que conste que lo hago porque no podía soportar la vulgaridad con que estaban redactados. Pero nada más que por eso, que quede claro.

—Sí, sí, por supuesto —contestaba con retintín el doctor, provocando finalmente la risa que buscaba. Y añadía: -Esa es buena señal, o sea, que a pesar de tu excesiva prudencia y tus prejuicios iniciales te estás *alemanizando*. ¿O debería decir *nazificando*?

No le creyeron.

Nadie le creyó cuando aseguraba que no tenía nada que ver con el ministro Joseph Goebbels.

Lo repitió hasta el agotamiento. Y cuanto más repetía su negativa menos le creían y más aumentaba la fascinación que despertaba entre sus compañeros.

Mientras, corría la voz, fantástica y desproporcionada como todo bulo que se precie, de que el recién llegado era el hijo, el hermano, el primo, el sobrino o todo a la vez del ministro de Información y Propaganda Joseph Goebbels, el más admirado, el carismático, el dirigente más popular del gabinete de Adolf Hitler. Todos sus profesores y compañeros de facultad —sobre todo los nacionalsocialistas y simpatizantes— vieron en sus continuas negativas una ejemplar modestia... y en su elegancia, su belleza, su exquisita educación y su inteligencia la representación de la nueva juventud alemana. Admiraban la brillantez con que disertaba en las clases teóricas, la rapidez y eficacia con que resolvía problemas y cuestiones, la amabilidad con que ayudaba a todos, la agilidad y la gracia con que discutía los problemas más áridos con los profesores, el halo de equilibrio y de inteligencia que irradiaba...

A pesar de tener bien presente el recuerdo de no haber sentido ninguna emoción especial al entrar en su verdadero país, ahora sí que se sentía alemán. Y más que se sentiría aquella tarde de diciembre, al encontrarse con que sus anfitriones le habían preparado una sorpresa especial como regalo de navidad: el impecable uniforme de las Juventudes Hitlerianas que, colgado de una percha, lo esperaba en el armario de su dormitorio. El uniforme y la sorpresa añadida de su documentación alemana.

El doctor Geschmindgkeit, aprovechándose de sus influencias en el partido, había agilizado la tramitación de los documentos —partida de nacimiento, certificado de defunción de sus

padres, cédula de identidad, pasaporte- que acreditaban que Joseph Goebbels era ciudadano alemán, hijo de Constanze y Gustav Goebbels, nacido el 25 de julio de 1918 en Pforzheim, en el número 5 de la Edisonstrasse. Y allí estaba, vistiendo el uniforme, delante del espejo de cuerpo entero que cubría la puerta del armario. Por primera vez se sintió plenamente alemán, que así lo afirmó para alegría de la dueña de la casa y del doctor que lo abrazó con los ojos húmedos por la emoción del momento:

—Ahora sí que eres uno de los nuestros, hijo mío.

Y a pesar de sus dudas, cada vez más diluidas aunque las siguiera teniendo, como uno de los suyos se sintió. Como había augurado Richard Greenway, su padre inglés, el día que le dijo: *no eres inglés y Paul Greenway no es tu verdadero nombre. Desde hoy eres alemán y te llamas Joseph Goebbels.*

—¿Qué hago con mi pasaporte inglés?

—Puedestirarloahoranosirveparanada¿Túquéopinas? —contestó la señora Geschmindgkeit.

—No, no; deberíamos conservarlo, nunca se sabe —se apresuró a decir su marido- Es una ventaja que no está al alcance de cualquiera tener dos nacionalidades, aunque nuestro querido Joseph haya vuelto a sus orígenes. Guardaremos tu pasaporte como Paul Greenway en un lugar adecuado.

Y lo guardó, junto al dinero de emergencia que le había dado Richard Greenway a su hijo, en la caja fuerte que, para sorpresa de Joseph, estaba colocada tras un falso fondo del horno de la cocina. Y no tuvo que hacer un esfuerzo especial para memorizar el número de la combinación, idea de la esposa del doctor y sólo a disposición de ser adivinada por algún fervoroso nazi: 2041889, girando todos los números hacia la derecha, por supuesto, o lo que es lo mismo: 20 de abril de 1889, fecha del nacimiento de Adolf Hitler.

CUATRO

*La Gran Guerra. Un alemán y un inglés.
El primer problema.*

A pesar de que había hecho frente a su nueva situación de forma más rápida y sencilla de lo que imaginaba, que la admiración hacia su nación iba en aumento, que empezaba a sentirse plenamente alemán y hasta simpatizante de los nacionalsocialistas, a Joseph se le hacía difícil digerir del todo los razonamientos del hombre inteligente que le había abierto las puertas de su casa.

Desde la primera conversación que tuvieron el mismo día de su llegada Joseph trataba de ponerse en el lugar del doctor para comprender algo que, de momento, aún le ponía en guardia sobre las buenas intenciones del pueblo al que ahora pertenecía. Cada noche, en la cocina después de la cena o en el dormitorio de Joseph, en charlas que se habían convertido en habituales, el doctor Geschmindgkeit le ponía al corriente de la situación política y social de Alemania. Y apoyándose en la confianza que le había dado su anfitrión, el recién llegado discutía con él abiertamente todos aquellos puntos en los que tuviera la mínima duda, o todos aquellos en los que no estaba totalmente de acuerdo.

Pero lo más importante para Joseph fue que el doctor le informó, con todo lujo de detalles, acerca de cómo y cuándo lo encontró su padre inglés cuando era un niño de seis meses que se llamaba Joseph Goebbels. Y de cómo nació la amistad entre un inglés y un alemán precisamente cuando la situación los había convertido en enemigos.

La última semana del mes de agosto de 1914 Richard Greenway se unió a la indignación colectiva y hasta a las lágrimas de los que se apiñaban ante el escaparate de la Oficina de Telégrafos de la J.M.Barrie street, en Londres. Había corrido la voz de que estaban expuestas las listas de las primeras bajas desde que Inglaterra entrara en guerra con Alemania. Y allá corrieron todos para buscar -deseando no encontrar- el nombre del marido, del hijo, del hermano, de algún familiar o amigo... o el de algún conocido del barrio, como el del hijo del frutero de Steel Hill lane, de apenas veinte años, que allí estaba, con

el siniestro privilegio de ser el primero de la lista al empezar su apellido por A: A de Allen.

Apenas una hora después, el tumulto a la puerta de la oficina de reclutamiento era aún mayor que el registrado ante la oficina de telégrafos, con la diferencia de que los que allí se agolpaban eran todos hombres jóvenes, pues las lágrimas dieron paso a la rabia y a la indignación patriótica. Y allí estaba Richard Greenway, de treinta y un años, soltero, nacido el 19 de abril de 1883, de profesión comerciante, como figuró en la hoja de alistamiento que rellenó con mano temblorosa por la emoción, dispuesto para ir a la que pronto la prensa llamaría La Gran Guerra, sin saber que al estallar apenas veinte años después otra gran guerra aún peor, pasaría a llamarse Primera Guerra mundial, para así distinguirla de la segunda.

Su primer viaje al Continente, y especialmente a Alemania, siempre lo había imaginado de forma bien distinta. Pero allí estaba, en el norte de una Europa desolada. Y bien lejos de la cultura con la que había soñado, ya que los descendientes de los que habían producido dicha cultura -a los que el resto de Europa apodaba despectivamente *Krauts* -ahora arrasaban todo a su paso.

Cuando ya estaba a punto de terminar el conflicto el destino en forma de un niño de seis meses le salió al encuentro en las afueras devastadas de la ciudad de Pforzheim. Entre los cascotes del número 5 de la Edisonstrasse oyó llorar a un niño. Y allí encontró al hijo con el que tampoco había soñado especialmente. Pero allí estaba, entre los cadáveres de los que hasta entonces habían sido miembros de su familia, inexplicablemente ileso, sin ni siquiera un rasguño, metido en su cuna ajeno al drama que le rodeaba.

Aunque nunca había sentido una especial atracción por los niños, el inglés Richard Greenway vio al recién aparecido como al hijo no buscado pero hallado. Sus gestiones ante la Cruz Roja -de la que era miembro de honor desde hacía un año y de la que poseía su más alta condecoración- y la investigación en lo que quedaba del ayuntamiento de la ciudad y de la iglesia parroquial semidestruida por las bombas, le ofrecieron la información de que toda la familia del niño había dejado de existir, lo que allanaría el camino hacia su adopción, precipitada por los acontecimientos que agilizaron el trámite.

—El destino, querido Joseph. El destino que quiso que fueras seis meses alemán y dieciocho años inglés, para que, en una vuelta más de tuerca, volvieras a ser alemán. Tu padre es un

gran hombre, generoso e inteligente que, como bien puede verse, te ha educado como a un caballero, alemán, eso sí... afortunadamente. Siempre deberás tenerlo presente como al hombre que te salvó la vida y te convirtió en lo que hoy eres. Otro te hubiera abandonado entre las ruinas del que fue tu hogar, o te hubiera entregado a la Cruz Roja quitándose el problema de en medio. O en el caso de haberte adoptado como él hizo te hubiera convertido en inglés. Y tú nunca hubieras sabido de tu origen alemán. Sin embargo él te dio apellido, educación y un hogar... respetando siempre tu origen. Tu padre fue honrado hasta consigo mismo. Desde el primer momento te preparó para que un día te enfrentarás a tu pasado, como ahora lo estás haciendo. Eras alemán... y eso para él fue lo primero. Y por eso estás aquí.

—Me imagino que algo tendría que ver su desmedida admiración por Alemania.

—Por supuesto. Tu padre admiraba a Alemania como el país de la Ciencia y la Cultura. Y en nuestro caso eso fue precisamente lo que nos unió, a pesar de ser enemigos... o de que nuestros países se empeñaran en que lo fuéramos. Porque como enemigos nos conocimos aunque, afortunadamente no en el campo de batalla, sino siendo yo su prisionero.

Norte de Alemania, 1918. Cuando la Gran Guerra estaba a punto de terminar, el doctor Geschmindgkeit llegó gravemente herido al centro de internamiento para prisioneros que los ingleses habían establecido a las afueras de la ciudad de Karlsruhe. Desde el primer momento el inglés Richard Greenway encontró en el recién llegado al hombre que respondía al patrón que tenía confeccionado de lo que era un alemán: orgulloso de serlo, aseado, ordenado, disciplinado, trabajador y culto. Y a las tres semanas de tratarlo encontró en el enemigo al amigo con quien practicar la lengua alemana para hablar, sobre todo, de música, libros y matemáticas, que de todo eso sabían y mucho el inglés y el alemán.

En charlas interminables rivalizaban intentando demostrar, cada uno, que su país era el mejor, aunque el inglés no ocultara su admiración por Alemania, que no a la inversa. Richard Greenway enseguida sacó a escena los quince genios alemanes que admiraba. Con Beethoven, como siempre, en cabeza. Uno tras otro, que a todos conocía y bien el alemán, desde la pintura de Holbein y Durero, a la música de Bach, Händel, Mozart y Wagner; pasando por la literatura de Goethe, Hölderling y Schiller, por los textos filosóficos de Schopenhauer y Nietzsche y por las teorías, trabajos y datos biográficos y hasta anecdóticos de los matemáticos Kepler, Leibniz, Gauss y Riemann.

—Sin olvidarnos de Turner, Shakespeare y Newton, como ejemplos ilustres de pintor, escritor y matemático ingleses, ¿no? —añadía el alemán, condescendiente con su oponente, demostrando así la buena educación que no necesitaba demostrar.

Al alemán lo criticaban sus compañeros prisioneros, acusándole de demasiada familiaridad con quien, al fin y al cabo, seguía siendo el enemigo... aunque todos supieran que la guerra estaba, afortunadamente, en su fase final desde que en el contraataque aliado de julio de 1918 los alemanes fueron inmovilizados en el Marne.

También el inglés fue objeto de críticas por parte de los suyos que a su vez le acusaron, no abiertamente pero sí veladamente —su grado, su entrega, sus condecoraciones al valor y su papel destacado dentro de la Cruz Roja frenaban cualquier sospecha de confraternizar demasiado con quien seguía siendo considerado el enemigo, a pesar de ser enemigo derrotado... o quizá precisamente por eso. Richard Greenway, indignado, respondía que sólo un ignorante consideraría enemigo a un alemán tan culto e inteligente como el doctor prisionero, que eso sería como considerar enemigos a Durero, Mozart, Goethe, Schopenhauer o Leibniz. Y todos callaban. Sobre todo porque, seguro, eran pocos los que sabían quiénes eran Durero o Mozart, prácticamente ninguno quiénes podrían ser Goethe y Schopenhauer, y por supuesto nadie quién podría ser el tal Leibniz.

El doctor Geschmindgkeit, mientras preparaba el café después de la cena, sonrió abiertamente cuando su invitado le preguntó:

—¿Qué tema ha escogido para el lavado de cerebro de esta noche?

—Pues el tema sigue siendo Alemania, mi querido Joseph.

—O sea: la nueva Alemania del *Nuevo Orden*, según usted, ¿no?

—Exacto. Y no disimules: está claro que formas parte de ella.

—Por supuesto, pero...

—Esa es la reticencia que quiero eliminar, ese *pero* que esgrimes como un escudo protector. Deberías rendirte y aceptar que vives en la Alemania del Nuevo Orden, aunque tú lo digas con retintín. Somos como somos no por culpa nuestra, sino porque nos vimos obligados a ello. Te he repetido hasta la saciedad que si los Aliados hubieran sido más inteligentes habrían tenido en cuenta en 1919 que a un gigante se le puede vencer, pero no humillar... ya que la humillación es el caldo de cultivo del resentimiento. Y ese resentimiento ha traído este sentimiento de

vuelta a lo que éramos, al Gran Imperio Alemán. Ahora vivimos una etapa de esplendor y de gloria. Toda Europa nos mira con admiración y con respeto... y no nos engañemos: nos envidia y nos teme. Y hasta nos imita. Como ese general Franco en España. O como los fascistas italianos con el payaso de Mussolini a la cabeza. Estamos viviendo de nuevo lo que los soberbios de los franceses llaman *la grandeur*. Alemania ha vuelto a ser la nación de Wagner y Beethoven, de las leyendas populares y los castillos en lo más escarpado de las montañas, de Parsifal y las valkirias, de la gloria de la raza aria y de la vuelta a la tierra mítica de Thule. De la tradición y a la vez de la modernidad: tradicionalistas y modernos... y sobre todo, la nación de los más fuertes.

Ante el gesto de Joseph, a medias entre la fingida sorpresa y la moderada burla, el doctor, insistió:

—Sí, créeme. Nos hemos convertido en la nación del poder industrial y de la riqueza, del culto al espíritu y al deporte. Y, sobre todo, somos la nación del orden, la prosperidad y el amor al trabajo. Alemania es el único país de Europa donde los jóvenes son apasionados, idealistas, románticos, vigorosos, inteligentes y patriotas. Hombres y mujeres que se levantan cada mañana en busca de un ideal. Y no olvides que el 15 de marzo de 1933 Alemania votó democráticamente. Y que nosotros, los nacional-socialistas, ganamos las elecciones con el cuarenta y cuatro por ciento de los votos. Nuestro partido fue el más votado. El NSDAP⁵ es el partido de la mayoría de los alemanes, no lo olvides.

El doctor hizo una pausa para llenar las tazas de café, mitigando así lo que poco a poco se estaba convirtiendo en encendido discurso, más que en charla entre amigos.

—Nuestro partido garantizó a todos los alemanes la estabilidad económica y la protección social a todos los niveles: educación, sanidad, jubilación... Se rodeó, no de matones, como dicen sus detractores, sino de eminentes economistas que fueron los artífices del sistema económico que es la envidia de Europa. Quizá en Inglaterra nunca se habría dado la figura de un Hitler, pero sí en un país arruinado, devastado por las huelgas y la anarquía... hasta que llegó el *Führer* para crear en un increíble tiempo récord un envidiable estado de bienestar y de orden. Por primera vez en la Historia de Alemania, hay un partido completamente del pueblo y para el pueblo. Un partido que ha transformado nuestra patria en la tierra de la igualdad en la que sólo tienen cabida los mejores. Y los mejores son los más inteligentes y los más fuertes.

5 Siglas del *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*: Partido Nacional Socialista Alemán de los Trabajadores

—Eso también podría calificarse de selección de raza. Según esa opinión solamente los fuertes tendrán cabida en el Tercer Reich. ¿Y qué haremos con los débiles? Son teorías muy peligrosas, señor.

—Los fuertes protegerán a los débiles para mejor dirigirlos, para tutelarlos, para enseñarles el camino a seguir. Ya lo comprenderás, Joseph. Pronto serás un buen nacionalsocialista, lo mismo que ya eres un buen alemán. Tu asistencia a la mejor universidad del mundo te abrirá los ojos, estoy seguro.

—A una universidad expurgada convenientemente, querrá decir.

—¡Joseph, por favor!

—Señor, si vamos a discutir vamos a discutirlo todo.

—Ahora vas a salir con eso de que unos cuantos profesores...

—¿A más de dos mil profesores expulsados llama unos cuantos? Dos mil profesores han sido apartados de sus empleos en todas las universidades del país entre 1933 y 1936 por el hecho de ser judíos o marxistas. Sin respetar que había entre ellos eminencias en todas las materias y más de un Premio Nobel.

—¿Y en Inglaterra? Y en los democráticos Estados Unidos de América ¿qué? El antisemitismo ha existido y existe en todos los países. Y en algunos de ellos de forma aún más contundente, aunque a los ojos de la sociedad esa contundencia se camufle hipócritamente. En Inglaterra y en los Estados Unidos prácticamente no hay profesores judíos en las universidades. Y en todos los centros hay cuotas de admisión de estudiantes judíos. Por no hablar de que en ambos países y a pesar de su poderío económico, los judíos ricos no son admitidos en los selectos clubes privados ni en las zonas residenciales de elite. Y en cuanto a los dos mil profesores de los que hablas, en su mayoría habían caído en el pecado de la soberbia, de creer que pertenecían a una raza privilegiada, a la raza más inteligente. Y me refiero a los profesores judíos, lo que demuestra que en Alemania no había restricciones para ellos, ya que eran abrumadora mayoría respecto a los profesores marxistas y a los normales.

—¿Normales...?

—¡Por Dios, Joseph! No midas cada una de mis palabras. ¿No has observado que los judíos presumen que ellos son los más inteligentes, los mejor preparados, los más cultos, los más ricos? Creen pertenecer a una raza de elite: banqueros, músicos, grandes industriales, poderosos hombres de negocios, prestigiosos joyeros, escritores, reputados científicos, famosos artistas... ¿Es que no hay judíos normales? ¿No hay judíos pobres, torpes, tontos o ignorantes? ¿Todos los judíos son unos genios? Presumen descaradamente de ser los mejores en todo, de ser

los mejor preparados intelectualmente... y a lo mejor es verdad, pero no se cansan de repetirlo. Y eso suscita envidias y odios. Y la soberbia se paga. Con esto no estoy justificando la represión ni mucho menos la persecución que los agoreros pronostican, pero...

—¿Los agoreros? Vamos, señor; esa persecución ya está en marcha y usted lo sabe: el Estado ha privado de la nacionalidad alemana a todos los judíos, que han pasado de ser alemanes de tercera o cuarta clase, a ser considerados solamente hebreos.

—Hebreos son.

—No, y perdone mi insistencia: son alemanes hebreos, que es muy distinto.

—Te equivocas, Joseph. Los judíos son otra raza. No se sienten alemanes, no se mezclan con nosotros. Pertenecen, y están orgullosos de pertenecer, a un coto racial, social y cultural cerrado en el que no permiten que entre nadie que no sea de su raza. Los judíos presumen de su milenaria raza y se creen por encima de los demás, por encima de las poblaciones de los países que habitan, ya que están diseminados por todo el mundo. Por eso los echaron de España hace más de cuatrocientos años. Es una raza altiva que no se hace querer. No son alemanes: son hebreos. Yo no tengo nada contra esa raza... pero son otra raza, compéndelo. Y ellos son los primeros en dejarlo bien claro.

—¿Y eso justifica la represión? Me parece más digna la postura de España: no los querían y los echaron, pero de eso a...

—¿Olvidas la Inquisición?

—No, no la olvido, pero creo que Alemania corre el peligro de convertir la Inquisición española en una caricatura. No olvide que, por desgracia, todo es susceptible de empeorar. Y no me diga que exagero. ¿Le llama exageración a que además de perder su nacionalidad, o su segunda nacionalidad, como usted quiera, se prohíba a los judíos ejercer cargos públicos, o celebrar matrimonios mixtos, o la práctica de profesiones liberales? O que se les prohíba acceder a todo cargo público, incluyendo el Ejército, la Administración, la Judicatura y la Policía, o ejercer su profesión a médicos, abogados, arquitectos o ingenieros. Y el acceso a cines y teatros, escuelas públicas y hasta a pasear por los parques por el hecho de ser judíos.

—Pero son medidas sociales...

—¿Sociales?

—Quiero decir medidas no represivas, ni mucho menos violentas. No tiene comparación con lo ocurrido en España hace tantos siglos. Estamos en el siglo XX. El catastrofismo que me pintas es medieval, como medieval fue la Inquisición.

—¿Y la quema de libros de 1933?

—Ya estamos con la famosa quema de libros...

—Sí, ya estamos. En Londres nos horrorizamos con las noticias que llegaban y que hablaban de miles de libros quemados en piras en plena calle. Ya sabe que Heine decía que donde se quemen libros se quemarán hombres. En España empezaron expurgando bibliotecas como ensayo para encender hogueras más grandes.

—Me gusta tu interés por estos temas sociales. Me gusta la vehemencia con que discutes. Pero, créeme, se ha exagerado mucho. El hecho fue deplorable, y me refiero a la quema de libros, pero fue fruto del excesivo entusiasmo de la juventud nacionalsocialista. Ahora las aguas han vuelto a su cauce y la cultura está protegida como nunca lo estuvo. Somos el mismo pueblo culto de siempre, con la diferencia de que ahora, además, somos más ricos y más fuertes. Y somos el país que te ha recibido con los brazos abiertos.

Aprovechando la pausa, el doctor salió de la cocina para volver con una hoja de papel amarillento que, ceremoniosamente, colocó sobre la mesa.

—Te voy a enseñar algo que te sorprenderá. Este es un problema, atribuido a Newton que me planteó tu padre cuando quedaban pocos días para que dismantelaran el campo de prisioneros y me pusieran en libertad. Problema que, por supuesto, resolví al volver a casa. Yo le di a cambio otro problema cuyo enunciado recuerdo perfectamente, ya que es un clásico. Sé por sus cartas que tu padre también resolvió el suyo. Aquí tienes el problema de tu padre. Cópialo e intenta resolverlo. Y procura no deteriorar el original, ya que es para mí una reliquia.

Joseph sintió que se emocionaba al tener entre sus manos un trozo del pasado del hombre que siempre consideraría su padre. Y el doctor Geschmindgkeit, al observar que al joven Goebbels le brillaban los ojos, añadió:

—¿Sabes que tu padre y yo, él como vencedor y yo como vencido, seguíamos peleando con las matemáticas como arma? Afortunadamente un disparate tan grande como el que nos tocó vivir a nosotros es imposible que vuelva a repetirse. Los tiempos han cambiado y yo creo que para mejor, ya que se supone que cada vez somos más civilizados.

—Pero tan sólo se supone. No se fíe, señor, los pueblos civilizados suelen ser los más refinadamente salvajes. Sin ir más lejos: ha estallado una guerra civil en España. ¿Habría podido imaginar alguien una guerra civil en un país de nuestra civilizada Europa? Pues ahí la tiene, a la vuelta de la esquina. Y

una guerra, además, según las noticias que llegan, sanguinaria hasta extremos inimaginables. Esperemos que no nos arrastre a nosotros. Muchos opinan que la guerra civil española suena a preludio de desastres mayores

—Exageras, Joseph, exageras.

—¿Seguro? Ya veremos...

Joseph estrenó uno de sus cuadernos recién comprados para copiar el enunciado del problema, bajo la atenta mirada y la sonrisa del doctor Geschmindgkeit:

En mi jardín crece la hierba con igual rapidez y espesura. Si 70 vacas se comieran la hierba en 24 días, y 30 vacas en 60 días, pregunto: ¿Cuántas vacas se comerían toda la hierba del jardín en 96 días?

Una vez recuperado el original del problema, el doctor se despidió, no sin antes entregar a Joseph un sobre que sacó del bolsillo interior de su chaqueta.

—Esta es otra sorpresa que también tiene relación con tu pasado. Que descanses. Buenas noches.

Ya a solas y al abrir el sobre, Joseph se encontró con una breve carta del doctor y el enunciado de otro problema.

Querido Joseph: aquí tienes el enunciado del problema que le planteé a tu padre en nuestra despedida (y de eso hace nada menos que 18 años). No es la conjetura de Goldbach, precisamente, pero también tiene su dificultad. Él me aseguró que lo resolvió, y yo le creí. Así que tú no puedes ser menos. Ahí va:

“Dada cualquier serie de n letras: $a, b, c, d, e, \dots$ encontrar de cuántas maneras distintas pueden colocarse sin que ninguna ocupe la posición que ocupaba inicialmente”

Te sorprenderá la solución.

Suerte, pues creo que la necesitas.

Werner Geschmindgkeit.

Aquella noche el alemán Joseph Goebbels volvió a soñar que volvía a ser el inglés Paul Greenway. Un inglés que, además, había cumplido dieciocho años aquel mismo día. Y que de vuelta de su clase particular de alemán y al pasar ante la tienda de materiales artísticos y enmarque de cuadros de su vecino Ronald Whitebrush, se abría la puerta para dejar salir a su propietario. Éste, sonriente, le señalaba una vez más el dibujo de Picasso que exhibía en el escaparate. Y Paul volvía a contemplarlo procurando que quien se lo enseñaba percibiera su admiración.

Después lo dejaba allí, en la acera, extasiado, contemplando el dibujo mil veces contemplado sin contestar a la despedida del joven que, cruzando la calle, entró en la tienda de su padre, que estaba justo enfrente, en el número 12 de la Beatrix Potter street.

CINCO

Green Games. El pequeño Greenway.

Richard Greenway tenía una tienda heredada de su padre que, a su vez, la había heredado de su padre y éste del suyo: Greenway Games. Situada en el número 12 de la Beatrix Potter street era conocida en Londres como la mejor tienda de juegos de sociedad. En el escaparate, bajo el rótulo que en arco abierto escribía el nombre de la tienda, otro rótulo más pequeño añadía, en letras que mostraban en oro su orgullo: *Fundada en 1856. Proveedores de la Real Casa.*

Una de las tradiciones que se mantenían en la tienda de generación en generación era la de tener siempre, en un extremo del mostrador, un tablero de ajedrez con una partida comenzada. Así, cualquier cliente que entraba en la tienda hacía su movimiento de pieza negra contra las piezas blancas, que eran con las que jugaba el señor Greenway. De esta manera, cuando el cliente volvía –y siempre volvía– se encontraba con otra jugada de respuesta a la suya y podía volver a mover ficha. Además, en un acogedor rincón de la tienda, recibiendo la luz que entraba por el amplio escaparate, había una mesa con dos cómodos sillones que ofrecía otra partida en marcha. Esta partida, que podía verse desde la calle, la jugaban vecinos del barrio, clientes y amigos del dueño, que daban así un tono cálido a una tienda en la que siempre había un ambiente propicio para el juego.

Según la tradición familiar, cuando el hijo mayor de cada generación Greenway cumplía dieciocho años se hacía cargo del negocio. Como se hizo cargo Richard Greenway en 1901 al cumplir la edad requerida por la tradición. Y desde entonces allí estaba, primero ayudando a su padre tras el mostrador y a la jubilación de éste dirigiendo el negocio.

El actual dueño de Greenway Games no sólo era matemático frustrado, sino también, como él aseguraba medio en serio medio en broma, alemán frustrado. Admiraba hasta la exageración el país, a su juicio, del rigor, la disciplina, la ciencia y la gran música. La Música, con mayúscula, era alemana, aseguraba. En cuanto a las matemáticas, su frustración lo abrumaba desde el momento en que no pudo acceder, como deseaba, a los estudios

superiores ya que la tradición familiar citada se lo impediría. Se limitó, como consuelo, a estudiar esta ciencia por su cuenta y a conocer y estudiar la obra de los grandes matemáticos antiguos, modernos y contemporáneos, preferentemente alemanes, pues para él decir Matemáticas era decir Alemania. Pero el placer completo estaba en unir matemáticas y libros antiguos, dos pasiones en una, puesto que nada le excitaba más que admirar y estudiar todo libro antiguo de matemáticas a su alcance en bibliotecas o en alguna de las exposiciones que a veces los exhibían en Londres. Así que, ahora que era él quien dirigía el negocio, estaba decidido a terminar con una tradición familiar que no quería que afectara al futuro de su hijo como había afectado al suyo: si él no había podido ser matemático, su hijo sí lo sería, puesto que había heredado su pasión por esta ciencia.

A su vuelta de la guerra, entre sus amigos y sobre todo entre el vecindario, corrieron fantásticas historias acerca de la inesperada paternidad de uno de los solteros más solicitados del barrio. Él sonreía y callaba ante los rumores, a cual más disparatado, que hablaban de que el niño con el que había vuelto de Alemania era producto de su desenfrenado amor con una cabaretera de Berlín; o de su intensa relación con una enfermera francesa, cuando estuvo internado en el hospital; o de su apasionado romance con la mujer de un general belga demasiado entretenido con el juego de la guerra; o con una espía alemana que le sonsacó secretos militares, por lo que estuvieron a punto de fusilarlo... Historias fantásticas y hasta lacrimógenas que coincidían tan sólo en una cosa: que el niño, a medida que crecía, cada día se parecía más a su padre, ante lo cual, el aludido no sólo sonreía sino que reía a carcajadas.

En cuanto a la vida privada del señor Greenway era mucho menos misteriosa que su pasado, ya que era de todos sabido que su gran amor era Mary Lyell, su amante, la joven esposa de un juez no tan joven del Tribunal Supremo que se negaba a darle a su mujer el divorcio que ella le pedía, al menos, una vez al mes. Hay que guardar las formas, contestaba el juez ante cada petición, aún sabiendo que ella no las guardaba ya que acudía a casa de su amante, en puntual horario, las tardes de los lunes, miércoles y viernes de cada semana. El juez lo sabía todo pero fingía que no sabía nada. Y su mujer sabía que su marido lo sabía aunque procuraba que supiera lo menos posible. Eso sí, mantenía las buenas maneras y su petición mensual de divorcio. Los amantes se fueron acostumbrando a una vida no tan clandestina ya que acudían juntos a restaurantes de moda, teatros,

exposiciones, conciertos y todo tipo de espectáculos públicos, él con la etiqueta colgada de que era un primo del juez, recién llegado de Sussex... aunque su aparición en escena duraba ya veinte años. Siempre sería *el primo recién llegado de Sussex*, hasta el punto de que en determinados círculos sociales de Londres *primo recién llegado de Sussex* se convertiría en sinónimo de amante perpetuo y consentido.

El 25 de julio de 1936, dieciocho años después de llegar a Londres en brazos de Richard Greenway, Paul se despertó con la sensación de que cumplir un año más no le había afectado especialmente. Cada mañana de su cumpleaños –sobre todo desde que cumplió catorce– se despertaba convencido de que habría cambiado físicamente, de que se sentiría distinto, es decir: más hombre. O al menos habiendo dado un paso más hacia el hombre en el que quería convertirse cuanto antes. Estaba harto de que lo consideraran un niño, primero, y un adolescente –aunque no fuera caprichoso ni conflictivo– después. Quería ser mayor cuanto antes. Así que aquella mañana, a pesar de no sentir nada especial al abrir los ojos, se vio distinto al enfrentarse al espejo del armario de su cuarto: aquel cuerpo desnudo que tenía delante sí que era el de un hombre. Y como tal se sintió por primera vez: un hombre, desde hoy.

Para quienes no había pasado el tiempo era para los empleados de Greenway Games que, como cada 25 de julio desde la llegada del niño, lo esperaban para celebrar su cumpleaños. Así que aquella tarde, cuando llegó a la tienda después de su clase particular de alemán, Paul se encontró con lo que no era ninguna sorpresa dado que la ceremonia se repetía invariablemente cada 25 de julio: todos en fila detrás del mostrador; su padre – que esa misma noche le confesaría que no era su padre – la señorita Bluecastle, que era la encargada de la tienda, y los hermanos Blackberry, los dos dependientes, que esperaban su llegada para recibirlo con aplausos enfervorizados.

—Y ahora, los regalos –dijo la señorita Bluecastle, mientras intentaba acallar con gestos las últimas explosiones de entusiasmo.

Ella sería la primera en darle el suyo a Paul: una cajita aparatadamente envuelta que sacó del bolsillo de su bata para entregársela solemnemente. Y el que cumplía años, al abrirla, descubrió lo que durante toda su vida consideraría un tesoro: un llavero con una gran moneda de plata, acuñada en homenaje a Isaac Newton en el año 1892, en el 250 aniversario de su nacimiento.

—Acabas de cumplir dieciocho años. Ya eres un hombre, mi querido Paul. Guarda el llavero, que será un gran honor llevar siempre a Newton de compañero de viaje en esta etapa de tu vida que ahora comienzas y...

No pudo seguir con su improvisado discurso al quebrársele la voz por la emoción. Y más que se emocionó con el abrazo del que siempre consideró un hijo.

Barry y Harry Blackberry también le dieron a Paul su regalo: un nuevo juego que había llegado a la tienda, un complicado y antiguo juego conocido como *Rithmomachia* cuyos orígenes se remontaban al siglo XI, como se apresuraron a explicar, quitándose la palabra de la boca, como tenían por costumbre.

Por su parte, el señor Greenway, le entregó un voluminoso diccionario inglés-alemán, y las novelas *Sin novedad en el frente*, de Erich María Remarque, y *La montaña mágica*, de Thomas Mann, ambas en su edición alemana.

Paul, sonriente y con los regalos en las manos, dirigiéndose a su padre, anunció:

—Y ahora, según la tradición familiar, se supone que hoy me tienes que entregar el testigo, las llaves de la tienda, como futuro heredero y encargado del negocio.

-Esta bien, pero no te adelantes, que no hay que tener prisa ni ser tan tradicionalistas como lo fueron mi padre y mi abuelo. De momento, conténtate con los regalos recibidos, que ya hablaremos esta noche.

En ese momento, y después de los aplausos con que cerraron la entrega de regalos, los hermanos Blackberry, cumpliendo con la costumbre establecida, se apresuraron a sacar de la trastienda la tarta de cumpleaños, la botella de champán y cinco copas. Y mientras Barry encendía las dieciocho velas rojas, Harry descorchó la botella y llenó las copas incluida, por primera vez, una para el joven que desde aquel momento sería considerado un hombre.

Uno, dos y tres... las velas apagadas de un potente soplo y las copas chocando para cumplir con el rito del brindis pusieron el punto final a la que sería la última fiesta de cumpleaños que se celebraría en la tienda, aunque ninguno de los presentes lo pudiera imaginar en ese momento.

—En septiembre empiezas tus estudios de matemáticas en Alemania.

—¿...?

—No me contradigas.

—No he dicho nada.

—Pero lo has pensado.

La broma entre padre e hijo, aunque conocida por repetida, provocó, como siempre, la sonrisa de Richard Greenway y la risa de Paul. Aunque ambas se apagarían apenas unos minutos después cuando el padre le dijo a su hijo que no era su hijo... y que no se llamaba Paul Greenway. Y que, además, ni siquiera era inglés aunque por inglés hubiera pasado durante esos dieciocho años, sino que era alemán, de padres alemanes y nacido en Alemania.

—La verdad es que no sé por dónde empezar —dijo el señor Greenway desviando la mirada hacia el whisky con soda —más whisky que soda— que tenía delante.

—Pues por el principio, como siempre me dices.

Nuevas sonrisas y trago de whisky. Y el que no sabía por dónde empezar carraspeó para aclararse la voz, mirando ahora directamente a los ojos azules del muchacho que se sentaba enfrente, como si la pequeña dosis de alcohol le hubiera aportado el valor necesario para decirle:

—Comprendo tu sorpresa. He estado haciendo las gestiones necesarias sin decirte nada, y te he matriculado en la universidad de Berlín. Comienzas los estudios superiores de matemáticas en septiembre. Mi deseo es que hubieras estudiado en la universidad de Göttingen ya que allí impartieron docencia los mejores matemáticos de Europa: Riemann, Klein, Hilbert, Courant, Landau, Noether, Weyl..., en fin, grandes matemáticos, algunos de ellos expulsados recientemente de la universidad con el único argumento de ser judíos. A mí me hubiera gustado que asistieras a las clases de esa matemática genial que fue Emmy Noether, pero falleció el año pasado en su exilio americano. Hubiera sido feliz sabiendo que estudiabas matemáticas en esa universidad de la mano de los mejores matemáticos alemanes. Pero a los mejores los ha devorado la diáspora. Está claro que los tiempos están cambiando, aunque tengo mis dudas de que sea precisamente a mejor. Ahora pienso que quizá no sea buen momento para poner en práctica el plan que he estado meditando tantos años. Pero, en fin, o tú naciste con unos cuantos años de retraso o Adolf Hitler llegó a la cancillería de Alemania demasiado pronto. Pero a pesar de todo cumpliré la promesa que me hice a mí mismo cuando te adopté: eres alemán y a tu país volverás. Y una vez allí, asumida tu verdadera nacionalidad, estarás en condiciones de elegir tu futuro: quedarte en tus raíces... o volver a mi lado para seguir siendo inglés como lo has sido hasta ahora.

—No entiendo nada.

—Estudiarás matemáticas en Berlín. Y te alojarás en casa de un buen amigo mío, el doctor Werner Geschmindgkeit. Paul, esta es la última vez que te llamaré Paul porque tú no eres quien crees que eres y serás quien eres cuando yo te diga quién eres.

—Por favor, padre, no le des más vueltas, que parece un acertijo. Dime de una vez lo que tengas que decirme.

—Está bien: no te llamas Paul Greenway porque no eres mi hijo. Además, como te he dicho, tampoco eres inglés. Eres alemán y tu nombre es Joseph Goebbels. Y ahora, si me lo permites, creo que lo mejor será que te lo explique todo desde el principio...

Después de su larga explicación el señor Greenway hizo un alto en sus recuerdos para servirse otro whisky. Y para sorpresa de Paul, para servirle otro a él. Ante su gesto de extrañeza, le dijo, mientras rebajaba el whisky con soda:

—No pongas esa cara. Esta es una noche especial. Creo que después de lo que te estás enterando sí que te has convertido en un hombre que bien merece un whisky para sobrellevar la sorpresa que, tengo que reconocer, habrá sido tremenda.

—¿Tengo algo que ver con él?

—¿Con el ministro alemán? No lo sé... pero no creo. El apellidado Goebbels, aunque no muy común, no es tan extraño en Alemania. Y por las informaciones que me ha enviado por carta mi amigo desde Berlín, el otro Goebbels, el Goebbels ministro, no ha tenido nunca ninguna relación familiar, ni cercana ni lejana, con Pforzheim, la ciudad en la que tú naciste. Tus padres murieron bajo los mismos escombros en los que te encontré. Y entre lo poco que pude averiguar sobre el terreno y las indagaciones que ha hecho mi amigo durante todos estos años, no tienes familia, al menos cercana, en Alemania.

—¿Entonces no entiendo por qué...?

—Ya te lo he dicho. Porque es tu país. Tú eres alemán. Y creo que estoy haciendo lo que en conciencia tengo que hacer, aunque no sea, a mi juicio, el momento ideal para que regreses a tu patria. Te podrá extrañar, pero todos estos años he estado enfrentándome a todo esto como si de un problema de matemáticas se tratara, pensando, rompiéndome la cabeza, tratando de analizar si hice bien o mal recogíendote para traerte a Inglaterra. Aún no sé por qué lo hice, ya que no estoy tan seguro de si actué correctamente. Con dejarte en manos de la Cruz Roja todo habría sido más sencillo, sobre todo para ti, ya que ahora formarías parte, seguro, de una buena familia alemana... y se-

rías alemán, sin la dualidad a la que ahora tendrás que enfrentarte. Con el añadido de que la casualidad ha hecho que lleves el mismo nombre y apellido que uno de los ministros de Hitler. Pero creo que sólo se trata de eso: una casualidad. Yo no le daría más vueltas.

Pero sí le dio más vueltas, más de las que había imaginado. Y desde aquel día hasta que atravesara el Canal de la Mancha camino de Alemania Paul Greenway, sabiendo ya que se llamaba Joseph Goebbels, leyó en los periódicos y escuchó en la radio –con un interés obsesivo– todas las noticias relacionadas con el que había pasado a convertirse en su nuevo país... a pesar de que hubiera sido el suyo desde siempre. Lo mismo que prestaría especial atención a todo lo relacionado con el ministro que llevaba su mismo nombre y apellido... al tiempo que se sumergía en un caos de sentimientos que no lo abandonaría hasta su marcha de Inglaterra.

El padre inglés y el hijo recién convertido en alemán brindaron por el futuro cercano. Y como despedida, Paul recibió la dirección del amigo alemán de su padre en Berlín, una larga carta para él y el dinero cambiado en marcos alemanes que juzgó serían suficientes para el primer trimestre. Hasta que llegaran las vacaciones de navidad en las que, según su plan impecablemente elaborado –pero que fracasaría estrepitosamente– Paul debería volver a casa para pasar las fiestas en el que había sido su país y su hogar durante dieciocho años.

Aquella noche, de nuevo desnudo ante el espejo, el que ahora se llamaba Joseph Goebbels tuvo sus dudas acerca de si habría merecido la pena haberse convertido en hombre a costa de, a su vez, haberse convertido en otro. Y tan extraño se sintió que no pudo dormir en toda la noche, convencido de que había comenzado a partirse en dos: dos hombres distintos con dos nombres distintos compartiendo el mismo cuerpo.

SEIS

La biblioteca, la bibliotecaria y “los libros que no figuran en nuestros ficheros”

—¿Por qué lees esa mierda?

—¿Perdón?

—Que por qué lees esa puta basura.

—¿Estás de broma? Es el texto de una conferencia de David Hilbert sobre las invariantes diferenciales de Einstein.

—Un ario traidor alabando la obra de un puto judío.

—Un gran matemático opinando sobre la obra de otro gran científico. A lo mejor si lo leyeras, o mejor aún, si fueras capaz de comprenderlo, cambiarías de opinión. Las matemáticas están por encima de toda sospecha.

Este fue el primer enfrentamiento entre Joseph Goebbels y Ernst Schellenberg. Y no el último. Hasta que la esperada visita del ministro de Información y Propaganda a la facultad de Matemáticas hiciera comprender al excesivo Ernst que, como las matemáticas, el camarada Joseph estaba por encima de toda sospecha.

El espacio preferido por Joseph en la facultad era la biblioteca. Incluso antes de descubrir a la que sería la primera mujer de su vida: a la bibliotecaria Sarah Liebe.

Se fijó en ella desde el primer día.

Sarah no aparentaba los veintitrés años que acababa de cumplir. Y de no ser por la poco favorecedora bata color caqui que como ayudante de biblioteca estaba obligada a vestir, hubiera pasado por ser una alumna más y, además, de primer curso. Como tampoco era lo que a primera vista intentaba parecer: una mujer seria, envarada, excesivamente volcada en su trabajo y que no permitía la mínima confianza a nadie. Apenas dos dedos más baja que Joseph, Sarah era una mujer espléndida cuyo cuerpo, a su pesar, se hacía presente bajo la bata que la protegía como una coraza de las miradas de los que, aparentemente, leían cuando ella pasaba a su lado.

De su rostro destacaban, haciendo que el resto casi se difuminara, los ojos azules, que vistos de lejos y de tan claros, producían la inquietante sensación de que los tenía en blanco. Ojos que pa-

recían siempre al borde del llanto, especialmente separados sobre unos marcados pómulos. Líquidos. *Ojos líquidos*, que así los calificó Joseph la primera vez que los vio, ojos llenos de agua, espectacularmente brillantes, como si una línea de lágrimas bordeara constantemente los párpados a punto de desbordarlos. Ojos que miraban con dulzura, pero con desconfianza y hasta con un punto de temor ante los uniformes que pululaban por la biblioteca. La nariz, perfecta, provocaba que quien la contemplara deslizase a través de ella la mirada hasta los labios, siempre ligeramente separados para dejar a la vista la línea blanca de los dientes, apenas un milímetro, espacio suficiente para que resaltaran en blanco sobre rojo a pesar de la ausencia de carmín. Rasgos que se concentraban en no producir la mínima señal de alegría, dando la impresión de estar en guardia constante sencillamente porque su portadora siempre lo estaba. Peinaba el cabello rubio hacia atrás hasta recogerlo en una sencilla cola de caballo como si intentara, sin conseguirlo, camuflar una belleza que sin aditamentos que la resaltaran afloraba con descaro. Y una última impresión que Joseph percibió desde el primer día: daba la sensación de que flotaba, de que sus pies no se apoyaban en el suelo caminando como si quisiera pasar desapercibida, la única persona de toda la biblioteca que no hacía ruido al andar sobre el entablamento encerado del suelo que crujía sólo con mirarlo.

Como todos los que trabajaban en la biblioteca, Sarah llevaba prendida en la bata la insignia con la esvástica, aunque la de ella era ligeramente mayor que las de los demás, lo que hizo sospechar a Joseph que algo no casaba.

Se dedicó a vigilarla.

Desde el primer día.

La observaba en su ir y venir, en su no parar, en su actividad en constante movimiento como si quisiera agotar la energía que su cuerpo almacenaba. Joseph sabía que ella sabía que la acechaba. Y en un juego sin palabras la acechada se dejaba acechar haciendo todo lo posible por pasar cuantas más veces mejor ante la mesa en la que el recién llegado siempre se sentaba, en la que estaba debajo de una pancarta que, bajo un gran retrato de Hitler, escribía con las inevitables letras góticas: *Amor y lealtad a nuestro Führer*.

Desde el primer momento, y a pesar de las consignas de camaradería que las juventudes nacionalsocialistas proclamaban, lo trató de usted. De usted y manteniendo en exceso la distancia que a medida que se hacía más presente, incongruentemente, daba la sensación de que disminuía.

Creyó que la provocaba o que le tendía una trampa el día que Joseph preguntó:

—¿Podría indicarme dónde encontrar alguna obra de Felix Hausdorff?

—Ese autor no figura en nuestros ficheros.

—¿Y de Landau o Noether? Quisiera consultar alguna obra suya.

—Esos autores tampoco figuran en nuestros ficheros.

—¿Los matemáticos Hausdorff, Landau y Noether no figuran en los ficheros de un centro dedicado a la enseñanza de matemáticas?

—Figuraban, pero ya no figuran. Su obra ha sido depurada. Hausdorff, Landau y Noether son autores judíos.

—¿Y alguna obra de David Hilbert? Hilbert no es un matemático judío.

—En efecto. Pero Hilbert ha sido considerado colaborador, amigo de los judíos. Y su obra ya no se puede consultar en esta biblioteca. Si desea la obra de algún otro matemático...

—Preferentemente ario, claro —insinuó Joseph, interrumpiéndola con sorna.

—La matemática es universal y usted debería saberlo. Y sus autores pueden ser arios pero no tienen por qué ser arios.

—Pero no judíos.

—Exactamente. Todas las obras de matemáticos judíos, incluso las referencias sobre ellos o sobre su obra, han sido retiradas de esta biblioteca. Hasta sus traducciones sobre la obra de otros matemáticos. Y usted, repito, debería saberlo como alumno de esta facultad.

—¿Le llaman retiradas a haber sido quemadas?

—Si puedo ayudarle en cualquier otra cuestión no dude en llamarme —atajó, seca y visiblemente nerviosa, dando por terminada la conversación. Y dando media vuelta se alejó hacia la zona de oficinas.

Después de esta primera conversación siguieron observándose a distancia. Joseph aprovechaba cualquier ocasión para abordarla al darse cuenta de que ella, a pesar de que a simple vista no lo necesitaran, se dedicaba especialmente a organizar y ordenar las ya de por sí organizadas y ordenadas estanterías cercanas al lugar donde él se sentaba cada día.

Le dio la sensación de que la seriedad rayana en dureza para con otros se relajaba con él. Así que multiplicaba las peticiones más complicadas o extravagantes, para así seguirla por toda la sala de estantería en estantería. Incluido el depósito de libros al

que los alumnos tenían vedado el acceso, excepto los militantes de la Juventudes Hitlerianas, a los que no se les prohibía nada. El juego continuó durante dos semanas más hasta aquella mañana en la que Sarah, aproximándose a la mesa en la que Joseph repasaba unos apuntes, le preguntó:

—¿Lee usted inglés?

—Sí, bastante bien —contestó Joseph levantándose procurando, no hacer ruido al apartar la pesada silla.

—Un momento, por favor.

Y volvió con un ejemplar de *English Scientific*, una revista científica inglesa dedicada especialmente a la matemática, la física y la química.

—Dentro encontrará usted lo que buscaba... más o menos -y sin darle tiempo a reaccionar, la bibliotecaria desapareció con el mismo sigilo con que había llegado.

La revista era un número de 1926 en el que, intrigado, Joseph se sumergió para encontrar, en las páginas finales, casi camuflado entre un extenso artículo ilustrado sobre la *Micrographia* de Robert Hooke y un estudio sobre la *Geometría* de Descartes el capítulo al que Sarah, sin ninguna duda, había hecho referencia: un artículo acerca de textos publicados en el boletín anual de la Sociedad Matemática de la Universidad de Göttingen. En él se hacía amplia referencia al texto de la conferencia que David Hilbert dio en dicha sociedad en el mes de noviembre de 1915 exponiendo sus ideas sobre las invariantes diferenciales de Einstein. El artículo también informaba acerca de la pugna entre Hilbert y Einstein sobre las ecuaciones de campo que ambos presentaron en noviembre de 1915 en sus respectivas Academias -Hilbert en la Academia de Ciencias de Göttingen y Einstein en la Academia de Berlín- apenas con cinco días de diferencia a favor del primero. Ya al final del artículo Joseph encontró datos que le emocionaron al recordarle las historias que su padre inglés tantas veces le había contado: referencias laudatorias acerca de la matemática Emmy Noether, que había formado parte del grupo de trabajo de Hilbert. Y un artículo suyo sobre invariantes diferenciales titulado *Invariantes de formas diferenciales arbitrarias*, publicado en el año 1918 en el boletín anual de la universidad de Göttingen. Artículo que, inexplicablemente, había escapado a la censura nazi.

Tan absorto estaba en la lectura que no reparó en Ernst Schellenberg que, a su espalda y leyendo sobre su hombro, le espetó:

—¿Por qué lees esa mierda?